

Petróleo y Sostenibilidad



Basilio Gómez Salinas es Socio de EY Oil & Gas. Licenciado en Ciencias Económicas y Empresariales por la Universidad Complutense de Madrid y miembro del ROAC. Cuenta con más de 30 años de experiencia en el sector y con un Máster en Finanzas de la Energía. Ha realizado trabajos para numerosas compañías energéticas y multinacionales, tanto españolas como internacionales

De un tiempo a esta parte asistimos a muchos augurios y promesas difíciles de alcanzar o verlos realidad, en una plazo razonable de tiempo, cuando se habla de petróleo y sostenibilidad o, si se quiere, de la ecuación inversa, esto es, de energías renovables y emisiones cero de gases de efectos invernadero (GEI). Ello puede ser debido a unas ganas, excesivamente entusiasmadas, de que ocurra, a un simple eslogan (es lo que toca) o, lo que es peor, no saber cómo se gestiona la realidad.

Durante muchas décadas los carburantes procedentes, principalmente, del petróleo nos han asegurado, en general y al menos en el mundo occidental, un nivel de vida alto y, de forma especial, en el ámbito del transporte tanto de personas como de mercancías. Fruto de su desarrollo hoy podemos reconocer la existencia de grandes logros de la industria del petróleo en relación con su densidad energética, su facilidad de transporte y almacenamiento y su extensa, flexible y versátil infraestructura de distribución. Ello hace que, en cualesquier escenario y a nivel global, la industria del petróleo ha de ser considerada más como un colaborador que como un competidor de otras fuentes energéticas alternativas en el proceso de redefinición del mix energético.

No obstante, no podemos cerrar los ojos a la realidad y reconocer los importantes daños que el uso generalizado y creciente de los hidrocarburos (petróleo, gas y carbón) durante décadas ha generado en el planeta Tierra y, por ello, es necesario, sino urgente, reconducir nuestros hábitos y políticas energéticas. La conciencia social a nivel global ya acepta, de forma generalizada, que estamos asistiendo a un cambio climático real que se ve acelerado por la intervención del hombre. En este sentido, los esfuerzos de Naciones Unidas en los últimos años se han intensificado y, especialmente, en la Conferencia de las Partes celebrada en París a finales de 2015 (COP 2015) se ha acordado, por los países participantes, reducir en 2º centígrados la temperatura de la Tierra con respecto a su referencia pre-industrial pues, de forma contraria, estaríamos ante una irreversible pérdida de la biodiversidad (alimentos, medicinas, etc.), asistiendo cada vez más a consecuencias devastadoras (inundaciones, sequías, olas de calor, etc.) y, en última instancia, a la pérdida de la calidad de vida que tanto anhelamos.

Recordar que el presidente Trump de Estados Unidos, el país más contaminante del planeta, ha comunicado que no respetará el Acuerdo de París (fue firmado durante la presidencia de Obama). No obstante, hay una importante iniciativa de la sociedad civil americana (*America's Pledge*) que no renuncia a contribuir a la reducción de los GEI y, con ello, reducir el calentamiento del planeta estando representada por multitud de empresas (más de 2.000), empresarios, universidades, varios Estados, etc.

Por tanto, asistimos a un momento crucial de la historia del petróleo pues, por una parte, ha sido, es y, por cierto tiempo, seguirá siendo un pilar básico en el mix energético, siendo nuestra civilización industrial moderna muy dependiente del petróleo que está presente en un sinfín de productos de uso y consumo diario (luz, calor, frío, transporte, asfalto, pinturas, plásticos, fertilizantes, detergentes, medicamentos, textiles, etc.); pero, por otra parte, hay que incentivar el tránsito a una estructura energética más sostenible que pasa necesariamente por incentivar el uso de energías renovables (eólica, fotovoltaica, hidráulica, biomasa, etc.) no emisoras de GEI (CO₂, NX, SOX) y otras partículas contaminantes y de incrementos importantes en eficiencia energética (especialmente en los sectores industrial, transporte y residencial).

Los Estados tienen una responsabilidad ineludible por lo que han de planificar, a conciencia, la llamada "transición energética", es decir, el paso a una estructura económica baja en carbono (descarbonización), en la que el reemplazo de los combustibles fósiles por energías renovables y biocombustibles se haga de forma progresiva y ordenadamente pero preservando la trilogía que marca la Unión Europea: garantía de suministro, estabilidad de precios (precios competitivos) y sostenibilidad.

Son muchas las voces que alertan de que estamos tarde o casi en la cuenta atrás por lo que no hay margen para no tomar las medidas necesarias sin olvidar que estamos ante un problema de ámbito global. Tampoco olvidemos que las previsiones del crecimiento de la demanda energética, a nivel mundial, estiman del orden del 1,3% hasta el año 2025 y del 1% del año 2025 al 2040, manteniendo los combustibles fósiles un papel muy relevante (del orden del 75% de la demanda global y el sector transporte absorbe más de la mitad, el 60%) pues ello se compagina con un crecimiento estimado de la población mundial que la fija en 9.000 millones de personas en el año 2040. Como se ha dicho, de forma muy acertada, hay una brecha entre lo que hacemos y lo que necesitamos hacer que, necesariamente, hay que cerrar.

La electrificación de las ciudades es una condición necesaria para migrar a una estructura económica baja en carbono y, por tanto, mínima garantía para no poner en cuestión la vida, tal y como la conocemos hoy, en el planeta Tierra. Todas las fuentes de energía primaria deben participar en la generación eléctrica y sería un error prescindir, de forma no planificada, de cualquiera de ellas. Respecto de los hidrocarburos y, en concreto, el carbón y el petróleo la tendencia de su demanda es decreciente a lo largo del conocido como periodo de transición pero no supone su desaparición total. No así ocurrirá, exactamente, con el gas natural ya que sus emisiones de dióxido de carbono son del orden de la mitad del carbón y por ello se considera la considera que sea una fuente energética de relevancia, además de actuar de respaldo (*backup*) de las energías renovables dada la variabilidad de éstas. ¿Y qué se espera de la energía nuclear?. Indicar que no produce emisiones de GEI por lo que cumple con los requisitos de sostenibilidad y, por tanto, con un prometedor futuro. No obstante, dada su (potencial) alta peligrosidad y el problema de los residuos de alta radiación, hay dos corrientes a nivel mundial; los que han decidido prescindir de esta tecnología como son los casos de Japón y Alemania o los que apuestan por esta fuente energética como son, entre otros, Francia, Suecia, Finlandia y Reino Unido. Por tanto, no está claro que la energía de origen nuclear vaya a jugar un papel similar al del carbón y el petróleo en el ya mencionado periodo de transición.

El petróleo es un recurso finito, no renovable, y por sus condiciones naturales y requerimientos tecnológicos para su exploración, extracción, transporte, refinado y distribución se requieren cada vez mayores niveles de inversión marginal lo que conducirá, en un futuro próximo, a un petróleo más caro sin menoscabo de las incertidumbres propias de la geopolítica del petróleo y su influencia en la fijación del precio (son pocos los países productores y generalmente con situaciones políticas inestables). Aun así, nos queda petróleo para rato aunque su peso relativo en la tarta energética, como ya se ha indicado, se diluya en favor de las energías renovables.

No es creíble pensar en nulas emisiones de CO2 pero si en reducirlas de forma sustancial. En este sentido la tecnología y la innovación están llamadas a jugar un papel decisivo (ejemplos: generación distribuida, electrificación, gestión de redes inteligentes, almacenamiento (posible) de la energía, etc.) para transformar nuestras sociedades y autoconstruirnos un futuro sostenible que haga posible un crecimiento económico inteligente, con generación de empleo de calidad, propio del siglo XXI, y enfocado al bienestar de las personas (todas).

Estamos a las puertas de la revolución post-fósil, pero todavía nos queda una etapa reina que superar en esta tan ardua carrera.